

potencial militar y político de las fuerzas rebeldes y en cierta forma estimuló a Villa a entrar de lleno en la lucha. Posteriormente Chao fue nombrado por Venustiano Carranza, Gobernador de Chihuahua en 1913, de acuerdo a las potestades otorgadas al Primer Jefe en el Plan de Guadalupe, lo que causa un conflicto de autoridad entre el Gobernador y el General Villa, quien como Jefe de la División del Norte reclamaba la suprema autoridad en la región.

Esto fue el comienzo de las diferencias profundas que surgieron entre Carranza y Villa y cuando finalmente vino la ruptura, Chao se unió a Villa. Cuando el Villismo fue vencido, marchó a Costa Rica. En relación con los billetes que he mencionado y que por cierto llevaban la firma del General Chao, tienen su origen en la necesidad de fondos del Gobierno Constitucionalista habiendo autorizado Carranza a los jefes militares y gobernadores de seis estados para que imprimieran papel moneda válido en los territorios bajo su mando.

Durante el exilio en Costa Rica Chao se unió a las fuerzas revolucionarias contra los Tinoco y al triunfar le fue ofrecido un homenaje por la ciudadanía de Cartago, entregándole una suma de dinero en efectivo en señal de agradecimiento. Volvió a México en 1923 como lo mencioné al principio de esta anécdota, para unirse a la rebelión de Adolfo de la Huerta. Cayó prisionero y fue fusilado en Jiménez, Chihuahua en 1924. Así quedan en la mente los recuerdos imborrables de ciertos hechos que ocurrieron en la infancia, cuando con los hijos de Chao, jugaba con billetes sin valor. ¡Valeroso había sido Chao y cuantos como él ofrendaron su vida por un ideal!

### EL "SIGNO DE LA MONJA"

Vesalio Guzmán

Una madrugada, en el viejo Salón Zumbado del Hospital San Juan de Dios, un paciente se moría. Había sufrido una intensa hemorragia y estaba en shock. Claro, eran otros tiempos, pero sangre, sueros y mucho más se le había dado. La presión que estuvo en cero, le subía algo. Ya por allí se le oía en cuarenta. ¡Más sangre! Uno de los compañeros internos donó la suya y calentita se la pusimos. Qué jóvenes éramos y qué llenos de ilusiones. Con apenas cinco internos en el Hospital San Juan de Dios y sin residentes, a la una de la madrugada no queríamos dejar la lucha. Frío, sudoroso, con la palidez mortal del soldado aquel herido de la Ilíada, seguía uno a uno todos nuestros actos médicos. No tenía pulso, su respiración era rápida, su mirada de angustia en sus ojos hundidos. ¡Más sangre! ¡Parece que se oye en sesenta, aumentale el oxígeno! En esos momentos vimos acercarse a la monja veladora, con su gran sombrero de alas de pico de las Hijas de San Vicente de Paul. Era una ancianita monja francesa, algo encorvada de hombros, de andar despacioso como de quien tiene la tarea de toda una noche recorriendo los kilómetros de corredores del Hospital San Juan de Dios. La notamos porque traía una campanita en la mano que sonaba para que se supiera por

dónde andaba. ¿Qué pasa?, preguntó la monjita con su acento y nos miró uno a uno y al paciente. Le explicamos que el paciente estaba reaccionando, ya le ofamos presión y creíamos que saldría adelante. Volvió a mirar al paciente y se acercó. Con el dorso de su dedo mediano tocó la punta de la nariz. Nos miró a todos, uno a uno y dijo "Se imuegue!" Dio media vuelta y se alejó, sonando su campanita. Nos miramos, mitad sorprendidos, mitad resentidos por la imprudencia de la monja. No iría por la puerta del salón, cuando expiró el paciente! Regresó pausadamente, se acercó y nos dijo: "iven, como se mueguen!" Y se alejó, tocando su campanita. Desde entonces, algunos de los médicos de aquel tiempo recordamos "El Signo de la Monja" la punta de la nariz fría: ¡Signo de la Muerte!

### LOS NIDOS DE CIGUEÑAS DE TRUJILLO

Era el último día de agosto y el sol de Extremadura entraba duro en aquellos llanos, a veces interrumpidos por colinas suaves, campos de labranza recién segados y por aquí y allá uno que otro cortijo blanco. Cortaba la monotonía dorada el verde de las encinas que en el pasado alimentaron con sus bellotas a los cerdos que daban el gustoso jamón serrano. A una hora de dejar Cáceres divisábamos sobre un cerro el Castillo de Trujillo. Subimos a pie por las callecitas estrechas y adoquinadas que conducen a la Plaza Mayor, imponente, amplia, rodeada de viejos palacios blasonados, como el de los Pizarro, el de los Vargas-Carvajal, la casa de los Orellana-Toledo y la Parroquia de San Martín; domina el espacio la estatua ecuestre de Pizarro, la mejor que he visto en España, donada por los esposos norteamericanos Rumsey que admiraban sin duda al hombre que conquistó al Perú. Cosa curiosa pero en España no vemos mucho de los Pizarro, ni de los Cortés ni de cuantos le dieron todo un mundo. Subimos por empinadas callecitas desiertas en aquel domingo. Aquí el palacio de los Duques de San Carlos convertido en convento de clausura, perfectamente reconstruido y que visitamos casi todo. Allá casas más bajas, de piedra, sobrias como el paisaje para llegar a la Torre del Alfiler, torre mudejar de la que sobresale una aguja que se perfila hacia el cielo. La Iglesia de Santiago con su campanario románico del siglo XIII que con su alta torre señorial forma un lado al Arco de Santiago, una de las siete puertas que tuvieron las antiguas murallas. La Iglesia de Santa María, del siglo XIII, ya cerrada al culto de Dios, pero que se abre una vieja cuidadora para el culto de los caballeros de la Conquista en cuya pila bautismal, labrada en piedra caliza blanca, recibieron las aguas Francisco Pizarro y Francisco de Orellana.

Es un gótico con bóvedas de crucería posteriormente reconstruidos con un bello retablo en el altar mayor de Fernando Gallego en proceso de desaparecer en ruinas. ¡Qué paz se vive en estas callecitas, sin un alma, con casas como las de la Cuesta de la Sangre, en piedra oscurecida por los siglos que se apoyan en restos de las antiguas murallas de la ciudad y tapias de viejos corrales

espaciosos en que siglos atrás guardaron mulas y ganados! Llegamos a la cumbre. ¡Qué bella se veía esa tarde la llanura extremeña desde los muros exteriores del Castillo en sus múltiples tonos dorados de los trigales recién segados que se extienden hasta el Portugal! El Castillo es imponente, todavía con algunas paredes en pie y una que otra puerta que dan idea de que fue construido por los moros. Descansando mi hijo y yo en una saliente de sus cimientos exteriores vimos asomar por la tapia de un huerto un nopal lleno de higos chumbos, como les llaman en España. Dorados y maduros su sabor es exquisito como el de las "tunas" del terruño. De tronco grueso le calculamos muchos años. Qué te parece, me dijo Miguel, si nos llevamos un pedazo y lo plantamos en casa, así habría hecho el viaje de ida y vuelta? De allí veíamos las callecitas y tejados de Trujillo, sus tapias, solares y viejos corrales y en la Torre de la Aguja y en todas las torres de las iglesias, como coronas que las adornan, las cigüeñas habían dejado sus enormes nidos. Ya habían levantado el vuelo pero regresarían pronto del norte. No así ocurrió con los hijos de Extremadura que se llevaron sus tiendas al otro lado del Mar Océano y descubrieron tierras y ríos y otros mares y se quedaron allí a construirle un imperio a sus reyes, en que nunca se ponía el sol y más vasto que tierras les habían heredado sus antepasados. Eran fuertes como la piedra con que construyeron sus casas y murallas de Trujillo; dura y curtida llevaban la piel y en mil batallas sus brazos fuertes y musculosos con la espada había desalojado al moro. Desde aquella colina y solo allí podíamos explicarnos la historia. Con la toma de Granada había terminado la Edad Media, se abría una nueva edad al descubrir América. Pero cerca estaban, todavía vigorosos los brazos desocupados de los héroes de la Reconquista deseosos de emprender una nueva cruzada. Eran valientes, osados, fuertes de cuerpo y alma y españoles hasta el corazón, nunca reyes tuvieron mejores vasallos ni un nuevo continente mejor sangre con la que se formaron nuestras patrias. En la toma de Trujillo se había detenido la Edad Media. ¡Solo las cigüeñas renovaban, año a año el ciclo vital de la existencia de su especie!

#### TRANSPLANTE DE CORAZON —HISTOCOMPATIBILIDAD

La proeza de Christian Barnard en Sud Africa hacia 1968 puso en movimiento toda una actividad mundial tendiente a imitarlo. Poco tiempo después, centros como el de Denton Cooley en Texas, y otros en los Estados Unidos como en Europa, comenzaron a hacer transplantes. Un grupo de cirujanos de nuestro servicio de Cirugía Cardiovascular del Hospital San Juan de Dios, nos trasladamos a Houston, mediante una ayuda que nos proporcionó la Junta de Protección Social de San José, con el objeto de ver los últimos desarrollos en Cirugía Cardíaca. Allí tuvimos oportunidad de ver pacientes transplantados. Por cierto que yo tenía la idea de que esos pacientes deberían estar aislados en cuartos especiales con aire filtrado, pues para evitar el rechazo, era neces-

sario emplear en ellos drogas que inhibían el proceso inmunitario, favoreciendo por consiguiente las super infecciones. Nos llevamos una sorpresa cuando el doctor Cooley nos llevó a ver pacientes transplantados, en su cuarto individual, cuya única protección era un cubreboca de sala de operaciones.

Durante nuestra estadía en Houston no tuvimos la oportunidad de presenciar un transplante, pero adquirimos la técnica usado por Cooley y nos entrevistamos con sus inmunólogos, quienes nos dieron una copiosa información sobre las pruebas de histocompatibilidad que ellos hacían, así como las que practicaban en otros centros. Carecíamos en Costa Rica de estos elementos, los sueros tipos, para clasificar los pacientes y donadores. De regreso, decidimos que no habría ninguna razón para que no participáramos en un programa de transplante. Para eso era necesario prepararse concientemente y en forma científicamente adecuada. El plan consistió en lo siguiente:

- 1.- Adquisición de los fármacos inhibidores de inmunidad, lo cual logramos sin dificultad.
- 2.- Preparación de suero antileucocito.

Este se hizo, lo mismo que otros trabajos que describiremos más adelante, con la magnífica colaboración de un grande y viejo amigo y gran hombre de ciencia, el Doctor Róger Bolaños, de la Universidad de Costa Rica. Hacíamos lo siguiente: en algunos pacientes a quienes operábamos de carcinoma gástrico, especialmente y en que incluíamos el bazo en la extirpación, disecábamos bazo y con todo cuidado la arteria esplénica, a través de la cual, con una bomba de micro perfusión que teníamos desde hacía mucho tiempo, se inyectaba lentamente solución salina normal al 0.90/o. De esta manera se eliminaba toda la sangre contenida en los sinusoides esplénicos, hasta que lo que saliera por la vena esplénica no contuviera eritrocitos. El bazo era luego descubierto de su cápsula y vasos sanguíneos gruesos, dividiéndolo con un cuchillo filoso en múltiples fragmentos o pedacitos. El Doctor Bolaños obtenía los leucocitos esplénicos en suspensión de suero fisiológico, los cuales valoraba en su concentración por milímetro cúbico. Con cantidades calculadas inyectó a conejos dosis repetidas, que al cabo de un tiempo ya tenían un título antileucocito-hombre adecuado, preparándose de esa manera el primer suero antileucocito en Costa Rica. En ese tiempo, estaba en boga usarlo en los transplantes.

- 3.- Obtención de sueros tipos:

A los pacientes y donantes se les clasifica de acuerdo a varios tipos, semejante a los grupos sanguíneos. Nos manteníamos al día en cuanto a esta interesante faceta, tan nueva en biología y medicina. El libro de Rappaport nos fue de gran utilidad, pues nos dio sólidas bases para comprender la histocompatibilidad. Recuerdo que los grupos eran A, B, C, D y cada uno tenía sus subgrupos. Nosotros no podíamos clasificar, pues no teníamos sueros tipos. A Róger Bolaños se le ocurrió partir entonces de una idea que llevamos a cabo en la maternidad del Hospital San Juan de Dios. Se obtuvieron muestras de sangre de multiparas, especialmente de aquellas que hu-